

embargo, que los conatos de los protestantes no se encaminaban á la unión, sino á **ganar** nuevos partidarios; para lo cual les aprovechaba mucho el acuerdo con que procedían. Tres cosas, opinaba Campegio, dificultaban sobre todo la reducción de los protestantes: el temor del gran poderío de los Habsburgo; el cuidado por haber de contribuir con auxilios á la guerra contra los turcos, después que se restableciera la concordia; y la repugnancia á restituir los bienes eclesiásticos (1).

Granvella, retenido por negocios de su cargo, no llegó á Worms hasta el 22 de Noviembre; á 25 del mismo mes abrió la asamblea, por encargo del Emperador, con un discurso exhortando á la paz, al cual contestó el siguiente día, en nombre de ambos partidos, Juan Gropper. Campegio no se había presentado el 25 de Noviembre en el consejo de los imperiales, contentándose con que se le reservara allí su lugar (2).

A 27 de Noviembre llegó también á Worms Morone. Los protestantes difundieron inmediatamente el rumor de que había venido para estorbar toda concordia (3); y también Granvella participó de esta sospecha (4), la cual Morone calificó resueltamente de infundada, en un escrito dirigido á Farnese á 5 de Diciembre. «Si alguna vez (observaba allí) digo, con toda razón, que debemos proceder con cautela, y si descubro la malicia de los adversarios, los cuales acabarán finalmente por engañarnos; intérpretase esto como si yo lo hubiera dicho para estorbar el coloquio» (5).

Granvella que, por motivos políticos, procuraba la unión á todo trance, no dió más fe á estas protestaciones de Morone que á sus prevenciones contra los planes de los protestantes; y como el Nuncio presentara al ministro imperial un documento que arrojaba muy desfavorable luz sobre los designios de los novadores, dudó éste de su autenticidad, dejando traslucir que todo aquello podía

(1) V. la carta de Campegio de 6 de Noviembre de 1540 en Laemmer, Mon. Vat. 302; cf. también la \*carta de Farnese á Poggio de 27 de Noviembre de 1540. El original se halla en el *Biblioteca Chigi de Roma*, L., III, 65.

(2) V. Pallavicini l. 4, c. 12; Pastor, Reunionsbestrebungen 203 s.; Gulick, Gropper 70.

(3) Cf. Corp. Ref. III, 1184.

(4) Cf. la relación de Vauchop de 9 de Diciembre de 1540 en Moran, Spicil. Ossor. I, 19.

(5) Ranke, Deutsche Gesch. VI, 293; cf. Zeitschr. für Kirchengesch. III, 651 s.; Dittrich, Contarini 640 y Histor. Jahrb. X, 661.

haber sido inventado por Morone para impedir las negociaciones; á lo cual le replicó oportunamente el Nuncio: que Granvella no sería engañado por los partidarios del Papa, sino por los protestantes (1).

Para acallar el rumor de que los representantes del Papa querían impedir el coloquio, creyó Morone al principio, sería bueno que Campegio dirigiera un discurso á los Estados exhortándoles á la paz religiosa. Granvella fué del mismo parecer, pero concibió luego dificultades, temiendo que los luteranos pudieran darse por ofendidos y formular una protesta violenta contra la Santa Sede. Morone, lo mismo que Campegio, se persuadieron entonces de que el peligro á que les exponía el proyectado discurso, no quedaría compensado por las ventajas que podía producir. Mas como Granvella volviera á cambiar de nuevo de opinión, é insistiera con grande energía en que se pronunciase el discurso, Campegio fué bastante débil para condescender (2). El 8 de Diciembre pronunció la deseada alocución, diciendo substancialmente lo siguiente: que el vínculo de la unión es la caridad, en la cual consiste la nueva ley del Señor, y por la que han de ser reconocidos sus discípulos. Si hubiéramos tenido presente siempre este mandamiento, no se hubiera podido llegar á las desdichadas contiendas y litigios, á los rencores y á las discordias, á los insultos é injurias, á las guerras y derramamiento de sangre, y á todas las miserias que desde hacía veinte años afligían á Alemania. Los papas, aun cuando se esforzaron celosamente por remediar aquel daño, nada pudieron conseguir con ruegos, exhortaciones y embajadas; y aun el «libre concilio cristiano» convocado por Paulo III para Vicencia, quedó sin efecto, por no haberse concurrido á él. El presente coloquio debe ser, pues, precursor del Concilio, y por esta razón os exhorto á la paz y á la reconciliación (3).

Para disponer favorablemente á los protestantes, Granvella había señalado á Campegio un asiento bajo; y él por su parte,

(1) Carta de Morone de 5 de Diciembre de 1540, publicada por Ranke VI, 294 s.

(2) V. las relaciones de Morone de 5 y 12 de Diciembre de 1540, en Ranke IV, 294, 296. Que Granvella al fin obligó á Campegio á tener el discurso, lo dice Vauchop en su relación al Papa de 9 de Diciembre de 1540, publicada por Moran, Spicil. I, 19.

(3) Corp. Ref. III, 1193 s.

durante su discurso, no se descubrió la cabeza al pronunciar el nombre del Papa, al paso que lo hizo con el nombre del Emperador. Campegio hubo de sufrir además que, en su presencia, se deliberase largo tiempo acerca de la respuesta que debía dársele. Melancton tenía preparada una enérgica protesta contra la pretensión del Papa de decidir las cuestiones religiosas, y sólo con mucho trabajo pudo Granvella impedir que se le diese lectura. En la concisa respuesta que, finalmente, se dió á Campegio, decíase simplemente, que se había tomado conocimiento de su cristiano discurso, y se haría todo lo conveniente para la paz; pero en ninguna parte se mencionaba al Papa ni con una sola palabra; y cuando Campegio salió de allí, los protestantes le acompañaron con risas irónicas (1). Indignado, escribía Morone al cardenal Farnese: «¡Cosa inaudita! Los luteranos han conseguido que no se hiciera mención ninguna del Papa, lo mismo que si fuera el turco ó el anticristo, como ellos dicen» (2). Según la optimista relación enviada á Roma por Campegio, casi hemos de creer no haberse dado éste cuenta de la derrota y bochorno que había sufrido (3).

También en otras cosas se manifestó cuán poco á propósito era Campegio para la incumbencia que se le había confiado. Al principio había estado lleno de tan perniciosas ilusiones que el Preboste de Lübeck, Höffilter, escribía: «El bueno del prelado cree se podrá arreglar todo de una manera fácil y con bellas palabras» (4); y cuando Morone le hizo ver la dura realidad, recibió con ello una desagradable impresión. La oposición entre ambos diplomáticos pontificios se manifestaba cada día más: Morone declaró no querer obrar mancomunadamente con Campegio, para lo cual podía también alegar, que sólo á éste se referían las credenciales del Papa. Morone, sintiéndose gravemente ofendido, echó en cara á Campegio que comunicaba á cualquiera sus consejos. Y aun cuando éstos y otros reproches se han de rebajar en muchos conceptos, no queda, sin embargo, lugar á duda,

(1) V. la relación de Cruciger en el Corp. Ref. III, 1224 s.; cf. Pastor, Reunionsbestrebungen 206; Döllinger, Beiträge III, 148 con la corrección en las Gött. Gel. Anzeigen 1884, 587; Dittrich en el Histor. Jahrb. X, 662.

(2) Carta de 12 de Diciembre de 1540, publicada por Ranke VI, 296.

(3) Carta de Campegio de 9 de Diciembre de 1540, publicada en el Histor. Jahrb. X, 662.

(4) Dittrich, Contarini 546.

que Campegio no estaba á la altura de su misión. Esto llegó también á conocerlo el obispo Bernardo Santio de Aquila, el cual se había hallado asimismo en Worms (1).

Así pues, mientras el propio representante de Paulo III desempeñaba en la asamblea de Worms un muy secundario papel, ejerció Morone grande influjo, aunque manteniéndose rigurosamente, en su manera de proceder, dentro de la posición que le correspondía como nuncio de Fernando I. En este concepto, no omitió cosa alguna para preservar la causa católica de ulteriores daños, sin preocuparse porque Granvella le achacara que perjudicaba al coloquio, aun cuando no hacía sino llamar la atención, conforme á su deber, sobre los peligros que al mismo iban anejos, y procuraba asegurar las posiciones de los católicos (2). Siendo radicalmente contrario á los coloquios entre simples teólogos sobre las verdades dogmáticas, principalmente con intervención de personas legas, aprovechó todas las ocasiones para poner de manifiesto con la mayor energía, los daños que necesariamente debían producir. Pero no por eso se le ha de considerar como enemigo de toda avenencia. Lo propio que su señor el Papa, quería también Morone indudablemente una concordia; pero solamente aquella que fuera compatible con los principios católicos (3). En esta parte difería radicalmente su punto de vista del de Granvella, quien, por motivos políticos, procuraba un resultado positivo, y para obtenerlo prescindía de demasiadas cosas. Asimismo estaba en ruda oposición con algunos doctores católicos, sobre los cuales (como lamentaba justamente Morone) ejercía un influjo decisivo el designio de sus señores; de suerte que rebajaban la Teología á la condición sierva de las pasiones humanas (4).

Todavía vino á hacerse más difícil la posición de Morone, por cuanto los teólogos alemanes disientían de los pontificios (5), y el

(1) C. Laemmer, 330. Las acusaciones de Morone contra Campegio se hallan en la carta á Farnese, de 7 de Febrero de 1541, publicada en el Histor. Jahrb. IV, 430 s. Las rebajas á las mismas resultan de otras relaciones, que L. Cardauns publicará en el sexto tomo de las Nuntiaturberichte.

(2) V. las relaciones de Morone en Ranke, VI, 298, 299 s., 306, 309 ss. Morone halló un grande apoyo en el Dr. Braun, estrictamente católico (v. Histor. Jahrb., IV, 400; XIV, 532).

(3) Dittrich en el Histor. Jahrb., X, 661.

(4) Carta de 12 de Enero de 1540, publicada por Beccadelli, I, 2, 100 y por Laemmer, 325.

(5) V. la queja de Badia en Quirini, III, 260 s.

obispo de Capo d'Istria, Pedro Pablo Vergerio, se presentó en Worms, entrometiéndose por su propia autoridad en las negociaciones (1).

Viendo que Granvella había consentido la humillación de Campegio, y aun hasta cierto punto la había provocado, cobraron los protestantes tan grande atrevimiento, que se presentaron ya en las negociaciones preparatorias acerca de la forma del coloquio, con exageradas pretensiones respecto al juramento de los notarios, al secreto de las deliberaciones y á la entrega de las actas originales al Emperador. Mas como Granvella, no obstante su grande indulgencia en otras cosas (pues llegó hasta permitir que continuara en Worms la predicación protestante), se mantuviera firme en estas cuestiones, los novadores hubieron de ceder (2); á pesar de lo cual, la posición se hizo para los católicos sumamente peligrosa, pues no estaban en manera alguna unidos entre sí. De una manera rigurosamente católica no se conducían propiamente sino Baviera y Maguncia: los demás representantes de la Iglesia antigua eran en su mayor parte muy tibios, y algunos llegaban hasta propender abiertamente á las nuevas doctrinas (3).

En Haguenau se había asegurado á los representantes de cada una de las dos tendencias opuestas, que tendrían once votos en el coloquio; pero mientras que á los protestantes se les había dejado libre la elección de sus delegados, designó Fernando I desde luego los de los católicos. Conforme á esto, debían enviar

(1) Por encargo de quién trabajaba Vergerio en Worms, no se puede resolver con seguridad, contando sólo con el material actual. Muchas cosas indican que él procuraba hacer fracasar la unión en interés del rey de Francia (cf. Dittrich en el Index lect. Lycei Hos. 1879; Dittrich, Contarini, 542; Hist. Jahrb., X, 662; Hubert, 7, 243). Es falsa sin duda alguna la opinión sostenida por Sleidan, después aceptada por Sarpi, y todavía recientemente calificada de probable por Moses (p. 91 s.) de que Vergerio compareció en Worms por encargo del Papa. Contra eso, cf. Pallavicini, I, 4, c. 12; Brischar, I, 117 s.; de Leva, III, 406. Es decisiva la \*carta de Farnese á Poggio, de 28 de Febrero de 1541, que se halla en el apéndice, n.º 41 (*Biblioteca Chigi de Roma*), en la cual el adalid de la política pontificia advierte que el Papa ha hecho lo que estaba en su mano para alejar á Vergerio de Alemania; que sólo los imperiales podrían alejarlo de allí y que no culpen injustamente al Papa (cf. también la relación del embajador de Mantua, publicada por Solmi, Contarini, 74).

(2) Cf. Moses, 74 s. Sobre la predicación protestante v. Winkelmann, III, 148.

(3) Cf. la relación de Vauchop, de 9 de Diciembre de 1540, publicada por Moran, Spicil., I, 19.

sus representantes: los tres príncipes electores eclesiásticos de Maguncia, Tréveris y Colonia, los príncipes electores de Brandenburgo y del Palatinado, los duques Guillermo y Luis de Baviera, el duque Guillermo de Jülich, los arzobispos de Salzburgo y Brandenburgo, y finalmente, el obispo de Strasburgo. Mas el príncipe elector de Brandenburgo se había pasado ya abiertamente á las nuevas doctrinas, al paso que el príncipe elector del Palatinado y el duque de Jülich propendían en tal extremo á la parte de los luteranos, que apenas si podía haber duda acerca de su verdadera actitud. De esta suerte no quedaban á los católicos sino ocho votos, tres de los cuales tampoco mantenían con firmeza el criterio católico. Los protestantes, por el contrario, tenían ciertamente de su parte catorce votos, y por ventura todavía más; por consiguiente, si se llegaban á contar los votos de los 22 diputados, era inevitablemente necesario que sucumbieran los católicos. Para estorbar esto empleó Morone todos los recursos que estaban en su mano. En vez de un coloquio verbal propuso una disputa por escrito, y llamó incesantemente la atención de Granvella, de la manera más apremiante que pudo, sobre los peligros que habría de traer consigo una votación. El Ministro imperial no pudo sustraerse á estas reflexiones, y por efecto de ellas defendió también por su parte en primera línea un cambio de escritos, y procuraba por medio de deliberaciones particulares poner de acuerdo á los delegados católicos sobre una declaración ortodoxa de los artículos que en primer lugar habían de tratarse, tocantes al pecado original y á la justificación. Entonces se descubrió que los temores relativos á la actitud de Brandenburgo, el Palatinado y el duque de Jülich, habían sido enteramente justificados; pues sus representantes declararon con esta ocasión, que sus opiniones sobre los mencionados puntos coincidían con las ideas de los protestantes.

Naturalmente, éstos, no quisieron dejar escapar semejante ventaja; por lo cual se negaron á toda mutación de lo resuelto en Haguenau, é insistieron en que las deliberaciones fuesen orales (1); y á fines de Diciembre temía mucha Morone que se volviera á condescender con ellos (2).

A 30 de Diciembre, Granvella presentó de hecho una nueva

(1) Cf. Pastor, *Reunionsbestrebungen*, 207 s.; Moses, 78 ss., 86 s.

(2) Cf. su carta de 28 de Diciembre de 1540, en Ranke, VI, 312.

proposición que equivalía á un retroceso. Según ella, los once delegados de ambas partes debían, es verdad, reunirse, pero por cada parte no debería hablar y disputar sino *uno en nombre de todos*; y luego se debería permitir á los demás añadir alguna cosa á las palabras de su orador principal (1).

El sagaz Morone echó de ver inmediatamente, cuán graves peligros se ocultaban para los católicos en esta proposición, como quiera que permitía una deliberación oral, é indirectamente, asimismo una peligrosa votación sobre las cuestiones religiosas; por lo cual hizo á Granvella las más vivas reflexiones en contra. Atendiendo á que tres de los once representantes de los católicos eran de ideas luteranas (le hizo notar), no podían permitirse las adiciones á lo declarado por el orador principal, sino en el caso de que las tuviera por necesarias la mayoría del partido, y tampoco debían tales adiciones proponerse sino por el mismo orador principal. Al principio no quiso Granvella dar oídos á ninguna de estas cosas: aun cuando los jurisconsultos afirmaban (replicó el Ministro) que el coloquio podía celebrarse también por escrito, no obstante, él pensaba proceder conformándose con lo decretado en Haguenau, como lo deseaba también el Emperador. Por lo demás él había hecho la nueva proposición con previo conocimiento de Campegio, el cual no se había mostrado contrario á ella de la manera que Morone. En el ulterior decurso de la conversación, Granvella se fué acalorando cada vez más, y Morone le replicó con no menor firmeza que serenidad (2). El efecto de esta conferencia fué una nueva proposición de Granvella de 2 de Enero de 1541, en la que se tomaron en cuenta hasta cierto punto las objeciones del Nuncio. Sólo á los individuos de la mayoría de cada uno de los partidos se podría permitir añadiesen alguna cosa á las declaraciones de los oradores principales que hablaran en nombre de ellos; por el contrario, las opiniones de la minoría se habrían de entregar al Comisario imperial, y tratarlas conforme al juicio de éste (3).

Morone se tranquilizó al principio enteramente, y escribió á Roma que el peligro de las votaciones quedaba conjurado; pero

(1) V. Moses, 96.

(2) Relación de Morone, de 2 de Enero de 1541, publicada por Ranke, VI, 312-315.

(3) Corp. Ref. IV, 5 s.

luego volvieron á despertarse sus dificultades, las cuales no se desvanecieron en cierto modo hasta que Granvella le dió á entender, el 5 de Enero, que en caso de tomar el coloquio un giro pernicioso, podría él disolverlo en cualquier momento; pues, por hallarse muy cerca el Emperador, estaba en su mano hacer que Su Majestad le escribiera lo que él tuviese por necesario. En aquella ocasión prometió también Granvella solemnemente, no permitir que se hiciera cosa alguna en perjuicio de la causa católica (1).

Los protestantes aceptaron el 5 de Enero la propuesta de que la disputa fuera conducida por los dos oradores principales; pero exigiendo que, luego que los tales hubieran hablado, pudieran asimismo expresar su parecer los demás diputados de una y otra parte (2). Si se hubiese accedido á esto, los delegados de Brandenburgo, el Palatinado y Jülich hubieran tenido ocasión para declararse paladinamente en favor de la nueva doctrina, y de esta suerte los protestantes se hubieran podido gloriarse luego de haber alcanzado la victoria (3). Por esta causa los representantes de Maguncia y de Baviera declararon inadmisibles semejante concesión. Inútilmente se esforzó Granvella por apaciguarlos con nuevas propuestas, pues los mencionados fueron todavía más allá que el mismo Morone, con quien, por lo demás, estaban en estrecha inteligencia (4). Granvella estaba desesperado: lo propio que antes amenazó también ahora á los representantes del Papa con un concilio nacional; pero ellos comprendieron, sin embargo, que no pensaba en esto seriamente, sino pretendía sólo intimidarlos (5).

Por efecto de la tenacidad que mostraron los delegados de Maguncia y Baviera, acabó finalmente Granvella por perder la paciencia. A 11 de Enero de 1541 se dirigió al Emperador suplicándole le diera orden de disolver la asamblea de Worms, pues en

(1) V. las relaciones de Morone, de 2 y 6 de Enero de 1541, en Ranke, VI, 318, 320-321.

(2) V. Roeder, De colloquio WORMAT. Norimb., 1744, 121 s., y además Friedensburg en la Zeitschr. für Kirchengesch. XXIII, 115.

(3) Cf. la carta de Campegio, de 13 de Enero de 1541, la cual está mejor en Beccadelli, I, 2, 106 s., que en la edición de Schultze en la Zeitschr. für Kirchengeschichte, III, 648.

(4) V. el testimonio de Morone en Beccadelli, I, 2, 96, 101.

(5) V. Beccadelli, I, 2, 100; Ranke, VI, 307 s.

las presentes circunstancias no podía esperarse del coloquio sino una exacerbación todavía mayor de las disidencias (1).

Perspicaces observadores habían aguardado ya semejante paso á principios del año (2). Como Granvella estaba cierto de obtener la orden deseada, pudo acceder entonces á todas las peticiones que se le presentaron. No se sabe por menor de qué manera logró vencer todas las resistencias, de suerte que á última hora pudiera todavía comenzarse el coloquio; probablemente iniciaría en el secreto á los de Maguncia y Baviera (3). Los protestantes declararon estar contentos, porque se les hacía la concesión de que todos sus delegados pudieran hablar; y Morone creyó que esto podría ser favorable á la causa católica, porque era probable que establecerían de nuevo las antiguas controversias entre Melancton y Butzer sobre la doctrina de la Cena. A par de Melancton, se había pensado, como orador de los católicos, en Eck, contra el cual no podría hablar ninguno del partido de los católicos. De esta suerte se conjuraba el peligro de que los delegados de Brandenburgo, Palatinado y Jülich, hicieran valer sus opiniones protestantes. Con justa satisfacción pudo asegurar Morone, haber hecho todo lo posible para evitar las votaciones peligrosas sobre proposiciones de fe, encauzando de esta suerte todas las cosas (4).

Así pudo, finalmente, comenzar en la mañana del 14 de Enero de 1541, el coloquio religioso que se había convocado para el 28 de Octubre de 1540. Como fundamento se tomó la Confesión de Augsburgo, y adoptóse como idioma de las deliberaciones el latín. Eck, que aquella misma mañana había tenido todavía una conferencia con Campegio, hizo luego al principio la oportuna advertencia, que el ejemplar de la Confesión que entonces se presentaba, difería del presentado en Augsburgo. Melancton procuró zanjar esta peligrosa disputa con la declaración (que realmente no era conforme á la verdad), de que las variaciones no tocaban al sentido, sino sólo á la forma de expresión.

Respecto del primer artículo de la Confesión, que trataba de

(1) Friedensburg ha sido el primero que ha puesto en claro estos sucesos en la *Zeitschr. für Kirchengesch.*, XXIII, 116.

(2) V. la \*carta del diputado por Francfort Ogier van Melem, fechada en Worms á 3 de Enero de 1541. *Archivo de la ciudad de Francfort del Mein*, Gesprächshandlung zu Worms, f. 81.

(3) Friedensburg, loc. cit., 126, nota.

(4) V. la relación de Morone, de 12 de Enero, en Laemmer, *Mon. Vat.* 327.

la Santísima Trinidad, todos estuvieron de acuerdo; pero no así acerca del segundo, sobre el pecado original. La disputa versó aquí principalmente sobre la afirmación protestante de que, aun los primeros movimientos completamente involuntarios de la concupiscencia, son verdaderos pecados (1).

Después de haber pasado cuatro días disputando con vehemencia sobre el pecado original, hizo Granvella que, á 17 de Enero, redactaran Eck, Mensing, Melancton y Butzer, una fórmula de conciliación sobre esta doctrina, que pudiera ser admitida por los católicos y los protestantes, bien que éstos la aceptaron con la cautela de referirse, en lo tocante al desenvolvimiento y argumentación de la tesis, á las declaraciones de Melancton.

Al siguiente día Granvella anunció el mandamiento del Emperador, llegado entre tanto, por el cual la asamblea de Worms se trasladó á la Dieta convocada en Ratisbona, donde Carlos V quería intentar personalmente el restablecimiento de la paz religiosa en Alemania. Generalmente dominaba el sentimiento de que iba á ser aquél un momento de decisiva trascendencia (2).

## 3

Durante el Congreso de Worms habíase arraigado en muchos la persuasión de que el Papa se debería hacer representar en la Dieta de Ratisbona por un cardenal legado con grande autoridad, ó también por dos cardenales. Ya á 15 de Diciembre de 1540 expresaba semejante deseo el obispo de Aquila, Bernardo Santio, en una carta escrita desde Worms á Farnese y Cervini (3). Después de una conferencia con Granvella, el cual había requerido asimismo que se enviaran á la Dieta imperial por lo menos dos cardenales, hace notar, en otra carta dirigida el mismo día á Farnese (4): si el Papa no envía á una persona prestigiosa y grata

(1) Cf. Pastor, *Reunionsbestrebungen*, 215 s.

(2) Si no se realiza la unión en Ratisbona, está perdida Alemania, se dice en una \*carta de Chuonradus al deán de Francfort, con fecha 26 de Enero de 1541. *Archivo de la ciudad de Francfort del Mein*, Bartholomäusstift, n. 3857.

(3) Laemmer, *Mon. Vat.*, 309.

(4) Dittrich, *Regesten*, 136 s.; cf. Dittrich, *Contarini*, 542 s.